

Verdad, mentira y poder: comunicación política y desinformación electoral en América Latina desde tres casos contrastantes

Carmen Beatriz Fernández Pérez

Verdad, mentira y poder: comunicación política y desinformación electoral en América Latina desde tres casos contrastantes

Introducción

El año 2024 fue señalado en el calendario como el momento en que la democracia global afrontaría su mayor reto, al concentrar el ciclo electoral más grande de la historia. En América Latina, donde la polarización, el populismo y una profunda desconfianza ciudadana hacia las instituciones son fenómenos persistentes, observar el comportamiento de la desinformación se ha convertido en un ejercicio crucial para comprender la resiliencia de nuestros sistemas políticos.

Las elecciones recientes en **Venezuela y Uruguay (2024)** y en **Bolivia (2025)** ofrecen un laboratorio privilegiado para observar cómo la desinformación se manifiesta, y cómo se enfrenta, en tres escenarios contrastantes. En Venezuela, un sistema autoritario con fachada electoral, la manipulación informativa fue parte integral de la estrategia de poder. En Uruguay, por el contrario, la fortaleza institucional y la cultura cívica actuaron como barreras naturales contra la distorsión. Y en Bolivia, un sistema democrático en reconstrucción, la desinformación, que estuvo permanentemente presente, dejó en evidencia tanto vulnerabilidades como aprendizajes en materia de transparencia digital.

En este artículo se intenta extraer las lecciones principales de las elecciones en Venezuela, Uruguay y Bolivia a través del prisma de la desinformación, y de la experiencia como observadores electorales desde el Observatorio Complutense de Desinformación (OCD), para contrastar cómo los contextos políticos influyen en la manifestación y el enfrentamiento de la Interferencia y Manipulación de la Información (IMI).

En los tres casos, la comunicación política y las tecnologías de la información jugaron papeles decisivos: desde las redes sociales y los datos abiertos, hasta los mecanismos de verificación ciudadana y las

campañas coordinadas de desinformación. La extrapolación a toda la región latinoamericana plantea preguntas cruciales: ¿Puede la solidez institucional, como en Uruguay, mitigar sistemáticamente los efectos desestabilizadores de la desinformación? ¿Hasta qué punto las iniciativas de transparencia digital de base pueden compensar la manipulación autoritaria, como se observó en Venezuela? ¿Puede la vocación democrática de una sociedad acompañar y desarrollar institucionalidad para el rescate de la democracia, como en Bolivia? Al explorar estas preguntas constatamos que el desafío de la desinformación se ha vuelto estructural. No se trata solo de noticias falsas o rumores malintencionados, sino de un completo ecosistema que incluye además de incidentes aislados, narrativas articuladas, migración de audiencias, pseudomedios, *influencers* y pseudoencuestas, y en donde en los límites entre información, opinión y propaganda se difuminan.

La desinformación como problema político

La desinformación no es nueva en la historia política latinoamericana. Las “campañas negras” y los rumores electorales existían mucho antes que llegara las redes sociales. Sun-Tzu ya habló hace dos mil años de persuasión y confusión en *El arte de la guerra*. El engaño es el fundamento de cualquier estrategia militar, y la premisa de que «*toda la guerra se basa en el engaño*» es análoga a la lógica de la desinformación contemporánea. En la era digital, el engaño se manifiesta a través de noticias falsas, narrativas manipuladas y contenidos diseñados para confundir al público más que para informar. Así como un General de División debía, para Sun-Tzu, simular fuerza o debilidad para desorientar al adversario, hoy los actores políticos, mediáticos y estatales explotan la ambigüedad y la opacidad para condicionar percepciones públicas y confundirlas. La base del conflicto informativo actual es precisamente la capacidad de crear realidades alternativas que erosionen la confianza en instituciones, medios y autoridades, desplazando el principio de verdad como coordenada del debate público.

«*Si el adversario tiene un temperamento colérico, intenta irritarlo*» es otro consejo bélico de Sun Tzu, bien aplicable al entorno desinformativo

contemporáneo. La manipulación emocional es un arma estratégica, tanto en la guerra como en su versión sublimada: la campaña electoral. La irritación del adversario no era solo un medio táctico, sino un modo de anular su capacidad de cálculo racional. Hoy, las campañas de desinformación se diseñan para provocar indignación inmediata, estimular el miedo o reforzar sesgos cognitivos a partir de contenidos extremadamente emocionales. Un equipo de *trolls* que irritan permanentemente a reporteros de la fuente electoral pueden hacerles desviar de su propósito. El lenguaje de odio en ocasiones se hace, incluso, parte de la dinámica de una campaña. Plataformas como Facebook, X o TikTok amplifican estos estímulos porque su arquitectura recompensa la viralidad asociada a emociones negativas.¹ La guerra informacional actual no busca persuadir argumentalmente, sino desestabilizar emocionalmente, generando públicos reactivos, polarizados y fácilmente manipulables.

Hoy, un video manipulado o una encuesta falsa pueden circular millones de veces antes de ser desmentidos. Y el daño, en términos de confianza pública, puede ser irreversible. Los estudios sobre desinformación electoral distinguen entre **información errónea (misinformation)**, aún sin traducción en español), relativa a contenidos falsos difundidos sin intención de dañar, pudiendo tratarse de errores, y la **desinformación (disinformation)** que son contenidos falsos creados deliberadamente para manipular. La diferencia básica entre ambas radica en la intencionalidad del emisor. En América Latina, ambos tipos coexisten y ambos pueden hacer mucho daño, pero el segundo se ha vuelto una herramienta recurrente de comunicación política: campañas orquestadas desde laboratorios digitales, redes de cuentas falsas, o medios satélite que mezclan hechos y ficciones con el mismo tono de verosimilitud.

Esta dinámica se entrelaza con una característica propia de la región: la alta polarización afectiva, donde la identidad política pesa más que los argumentos. En ese clima, la desinformación no necesita ser creíble

1 Diversas investigaciones han mostrado que los algoritmos de redes sociales tienden a amplificar contenidos que generan emociones intensas (especialmente las negativas como ira, miedo o indignación) porque ellas provocan mayor interacción, con comentarios, compartidos, o reacciones. Dado que la lógica algorítmica prioriza el “*engagement*” como métrica de éxito, los contenidos polarizantes y emocionalmente cargados tienden a ser más visibles, lo que puede distorsionar la percepción social y favorecer la desinformación o la radicalización.

para ser eficaz; basta con reforzar prejuicios preexistentes. Así, la mentira se convierte en una forma de pertenencia identitaria.

Comunicación política en la era de la posverdad

La comunicación política ha dejado de ser un canal unidireccional entre candidatos y ciudadanos. Hoy es una trama interactiva donde se cruzan discursos oficiales, medios tradicionales, *influencers*, *trolls*, encuestadoras, pseudomedios, pseudoencuestadoras, verificadores y plataformas tecnológicas. Cada actor disputa la atención y la legitimidad. En ese terreno, con demasiada frecuencia la verdad factual pierde terreno frente a la emoción, la identidad y la narrativa.

El desafío, por tanto, no es solo técnico, sino político y ético: ¿cómo sostener democracias donde la conversación pública se ve saturada por información engañosa? ¿Cómo puede la comunicación política contribuir a reconstruir confianza en instituciones y procesos electorales? Y ¿dónde debe darse el espacio de la plaza pública, con comunicación que construya comunidad y realidades universales y compartidas?

La confianza ciudadana en los sistemas electorales latinoamericanos ha sufrido una erosión paulatina. Según el *Latinobarómetro*, apenas uno de cada tres latinoamericanos está satisfecho con la democracia, probablemente el mismo tercio que confía plenamente en sus autoridades electorales y en la existencia de elecciones limpias.² Esa desconfianza e insatisfacción, de los otros dos tercios de la población latinoamericana es terreno fértil para la desinformación, que prospera donde hay vacíos de información verificable.

Incluso países que invirtieron en **tecnologías de transparencia electoral** (como el voto electrónico, la publicación de actas digitalizadas o los observatorios ciudadanos en línea) son están expuestos a campañas de manipulación digital. Lo que debería ser una garantía de integridad se convierte, con frecuencia, en un nuevo frente de ataque: la sospecha sobre el propio sistema tecnológico. Así, el debate sobre la desinformación electoral es inseparable del debate sobre la confianza pública.

2 *Latinobarómetro*, 2024.

América Latina: tres escenarios de la verdad

Las tres elecciones que aquí se analizan representan tres modelos de interacción entre desinformación, comunicación política y democracia:

- **Venezuela (2024):** un régimen autoritario donde la información se administra desde el poder, la censura convive con la propaganda digital, y la desinformación oficial sustituye al debate público.
- **Uruguay (2024):** una democracia madura donde el civismo electoral y la institucionalidad actúan como escudo frente a la manipulación, mostrando que la confianza aún puede ser un antídoto eficaz.
- **Bolivia (2025):** un caso intermedio, donde la competencia política intensa, el quiebre del Poder hegemónico y su fragmentación; así como la presencia de actores digitales externos convierten la desinformación en un riesgo latente, pero donde emergen mecanismos de resiliencia institucional y ciudadana.

Cada caso ofrece una lección: la desinformación no destruye la democracia por sí sola, pero la corroe lentamente desde dentro, cuando logra instalar la duda permanente sobre la legitimidad de los procesos electorales.

Venezuela 2024: la desinformación como arquitectura del poder

En el contexto venezolano, el sistema autoritario mantiene una fachada electoral pero la interferencia y manipulación de la información (IMI) no son incidentes aislados, sino que constituyen una parte fundamental de la estrategia del poder. El régimen chavista persigue la “hegemonía comunicacional” desde 2007, utilizando un modelo que había sido descrito como “Mixto-Autoritario”,³ pero que a partir de la elección 2024 se convierte en Autoritario, a secas. En este esquema, la desinformación estatal es la principal fuerza impulsora.

En julio de 2024, Venezuela celebró unas elecciones presidenciales que parecían una oportunidad para reabrir el juego político tras años de autoritarismo. Pero pronto se reveló que lo que estaba en disputa no era solo la continuidad del poder, sino el sentido mismo de la democracia.

3 Fernández, 2021.

En un país donde los medios tradicionales han sido progresivamente colonizados por el Estado, la batalla electoral se trasladó a las redes sociales, convertidas en el nuevo campo de disputa por la verdad.

El análisis del entorno comunicacional realizado un año antes para el Observatorio Complutense (OCD) evidenció que la desinformación corría tanto por los canales analógicos tradicionales como por los medios digitales. Las fuentes de desinformación más citadas durante el proceso de primarias opositoras de 2023 fueron la **Televisión Pública (27,59 %)** y Twitter (21,84 %), con el sector del chavismo generando el 39,47 % de los mensajes analizados.⁴

La judicialización de la mentira. La lección más amarga es que la desinformación opera como preámbulo de la represión judicial y política. Tras la gesta cívica de las primarias opositoras de 2023, donde María Corina Machado obtuvo una victoria arrolladora, el régimen utilizó narrativas de fraude sin sustento para judicializar el proceso, suspender sus efectos y emprender investigaciones penales contra los organizadores. Esto se agudizó notablemente tras la elección presidencial 2024.

De acuerdo con el informe de la Observación de la Desinformación de la Universidad Complutense, las narrativas del oficialismo se centraron en:

1. **Distorsionar** los hechos (39,22 % de los mensajes).
2. **Consternar** a la población, mostrando a la oposición como un catalizador de violencia.
3. **Desalentar** la participación, por ejemplo, reviviendo el fantasma de la “lista Tascón” para intimidar a los votantes opositores.
4. **Extranjerizar** a la oposición, tildándola de servil a intereses extranjeros (como Estados Unidos o ExxonMobil).

El uso intensivo de la política 2.0 en Venezuela se relaciona con la consolidación de la llamada “hegemonía comunicacional” que buscaba explícitamente, como objetivo de Estado, el control gubernamental de los medios. En Venezuela, a raíz de la confiscación de espacios analógicos de información, a partir de 2007 se dio una acelerada migración de audiencias desde el mundo analógico al digital, mucho mayor a la

4 Observatorio Complutense de Desinformación, 2023.

de la tendencia global.⁵ Ante lo cual hubo una respuesta deliberada de las audiencias en rebeldía ante las ambiciones de control de la información por parte del gobierno nacional, respuesta adaptativa que podría inscribirse dentro de la explicación teórica de la exposición selectiva. Las audiencias venezolanas migraron en etapas sucesivas de una plataforma a otra, al mismo tiempo que los mensajes oficiales copaban los espacios informativos. En esa misma medida, también las operaciones de información y propaganda del oficialismo, migraron al medio digital, al punto que «89,21 % de todos los tweets sobre temas políticos y sociales publicados en Venezuela, entre enero de 2020 y marzo de 2021» estuvieron relacionados a tendencias de Twitter impulsadas por el oficialismo.⁶

Desde más de un año antes de los comicios 2024, meses antes de conducirse las primarias de la oposición, el ecosistema digital venezolano se inundó de mensajes contradictorios, noticias falsas y narrativas fabricadas. Circulaban encuestas inventadas que daban una ventaja imposible al candidato oficialista, cuentas automatizadas que amplificaban la idea de una oposición dividida e incompetente y, ya en el propio momento electoral, videos descontextualizados que mostraban supuestos disturbios en centros de votación, como disuasivo de la movilización electoral. Durante el proceso electoral 2024 la verificadora local Espaja registró un total de 223 contenidos desinformantes en su base de datos.

Paradójicamente, la tecnología, que desde el Estado se venía usando para sus “ciber-tropas de alta capacidad” y los ejércitos, se convirtió también en un **antídoto democrático**. En las elecciones presidenciales de 2024, la oposición implementó el uso inédito de **datos abiertos (open data)** para liberar las actas electorales verificadas (que demostraron la victoria de Edmundo González Urrutia con el 67% de los votos).⁷ Esto permitió múltiples auditorías independientes y ciudadanas, defendiendo el voto frente a la manipulación del conteo oficial.

En Venezuela, donde la manipulación informativa forma parte integral de la estrategia de poder, las lecciones se centran en el uso de herramientas estatales y judiciales para coartar la información y atacar a la oposición, du-

5 Fernández, 2021.

6 Probox, 2021.

7 <https://resultadosconvzla.com/>.

rante las primarias opositoras del 2023, que un año más tarde se repetirían en la elección presidencial, con una estrategia clara: **sembrar duda, fatiga y cinismo**. Las siguientes fueron las tácticas de desinformación utilizadas:

1. **Manipulación impulsada por el Estado (Chavismo):** El sector del chavismo fue el que más mensajes desinformativos compartió (39,47 %) durante el proceso de la primaria opositora de 2023. Estos mensajes se originaron frecuentemente en la **televisión pública** (27,59 %) y en Twitter⁸ (21,84 %).
2. **Instrumentalización de la Desinformación para la Persecución Política:** La desinformación fue utilizada como herramienta para judicializar el proceso de la primaria opositora y perseguir legalmente a sus organizadores. Una narrativa clave fue la acusación de que la primaria fue un evento fraudulento (sin evidencia), lo que se usó para suspender sus efectos y emprender investigaciones penales contra los miembros de la Comisión Nacional de Primaria (CNdP).
3. **Narrativas de Desmovilización y Ataque a la Legitimidad:** Las narrativas principales impulsadas por el oficialismo buscaban **conservar** a la población mostrando la primaria como un catalizador de violencia, y **desmotivar la participación** al generar desconfianza sobre el proceso, incluso reviviendo el temor a una “lista Tascón” (discriminación política por participación electoral).
4. **“Extranjerización” del Adversario:** Una narrativa recurrente del chavismo es mostrar a la oposición como **servil a intereses extranjeros**, acusándola de ser títere de Estados Unidos o de empresas como ExxonMobil. El equipo de la Universidad Monteávila propuso incluso añadir la categoría “extranjerizar” a la taxonomía para capturar mejor esta estrategia local.
5. **Dificultades en la Verificación y Respuesta:** A pesar de los esfuerzos de plataformas de *fact-checking* como EsPaja, que lograron desmentir bulos y emitir alertas tempranas (como un bulo sobre el cobro de \$5 para votar), la capacidad de respuesta fue asimétrica frente a un régimen que ha consolidado una “hegemonía comunicacional” y utiliza mecanismos legales para la censura y restricción de medios.

8 Hoy X. [Nota del Editor]

La estrategia más eficaz del autoritarismo digital venezolano no busca tanto la mentira, como el **agotamiento informativo**. En un entorno donde todo puede ser falso, el ciudadano deja de buscar la verdad.

De la propaganda tradicional a la manipulación digital

La desinformación en Venezuela no surgió con Internet. Desde los primeros años del chavismo, la comunicación política fue concebida como un instrumento de hegemonía. Pero el salto digital permitió escalar y sofisticar ese control. La televisión pública, los portales afines y los ejércitos de cuentas en redes sociales funcionaron como engranajes de una misma maquinaria narrativa, diseñada no tanto para persuadir como para confundir.

A diferencia de otros contextos, la desinformación venezolana no se caracteriza por el caos, sino por su **articulación estratégica**. En 2024, las etiquetas pro-gobierno dominaron las tendencias de X (antes Twitter) gracias a redes de cuentas coordinadas que replicaban mensajes favorables al régimen o atacaban a observadores electorales y periodistas independientes.

Los bulos más exitosos no fueron los más extravagantes, sino los más plausibles: la sospecha de que los observadores internacionales estaban “infiltrados por la CIA”; la afirmación de que los sistemas de transmisión de actas habían sido saboteados; o la insinuación de que el Consejo Nacional Electoral (CNE) había sido objeto de un ciberataque opositor. Todas falsas, pero todas útiles para alimentar un clima de desconfianza.

El día de la elección presidencial, el 28 de julio, varios portales independientes sufrieron bloqueos temporales y ataques DDoS. La prensa extranjera tuvo acceso restringido a los centros de totalización. En paralelo, el oficialismo difundía cifras parciales, sin respaldo documental, que daban por segura la victoria de su candidato.

La consecuencia inmediata fue la fragmentación del relato: cada bando hablaba a su propia audiencia, sin un árbitro creíble en el medio. La desinformación se convirtió, literalmente, en una **estrategia de gobierno**: una forma de administrar la incertidumbre y diluir la rendición de cuentas.

Uno de los casos más graves de desinformación electoral en el proceso 2024 fue un *deepfake* difundido por la cuenta oficial de un alto

comandante de la Fuerza Armada: se compartieron capturas manipuladas de un vídeo en las que aparecía María Corina Machado frente a un pizarrón donde, supuestamente, proponía “eliminar” a las Fuerzas Armadas. El vídeo era cierto, pero el fondo había sido alterado con Inteligencia Artificial y las “propuestas” habían sido inventadas.

Figura N° 1
Difusión por parte de un alto mando militar de un video alterado de María Corina Machado



En general, desde el oficialismo, las tácticas incluyeron el uso masivo de pseudomedios y granjas de cuentas que inundaron las redes con pseudoencuestas pagadas, además del empleo de inteligencia artificial

para crear *jingles* de campaña y hasta para simular o modificar la voz de Nicolás Maduro en piezas publicitarias.

Comunicación política como herramienta de control, incluyendo encuestas y pseudoencuestas

En Venezuela, la comunicación política dejó de ser **persuasión** para convertirse en **control**. El aparato comunicacional del Estado, desde los medios públicos hasta los *influencers* afines, cumple una función disciplinaria: delimitar lo decible y saturar el espacio público de ruido. A diferencia de las democracias competitivas, donde las campañas buscan conquistar indecisos, el régimen venezolano se dirige a los convencidos, asegurando su lealtad a través de un discurso identitario que mezcla victimización, épica y amenaza externa.

La **coherencia narrativa del poder** es tan importante como su veracidad. En ese sentido, la desinformación no es un accidente, sino parte estructural del modelo comunicativo.

Atención especial merece el **análisis de las pseudoencuestas**. En la elección presidencial venezolana 2024 las encuestas fueron nuevamente parte importante del ecosistema de desinformación. En un análisis sobre la viralidad de las noticias en la campaña, se encontró que la mitad de las noticias virales sobre encuestas electorales eran pseudoencuestas (14 de las 28 noticias virales sobre encuestas). Eran encuestas manipuladas, engañosas, e incluso simplemente falsas, que buscaban crear una narrativa de victoria inevitable del gobierno.

Figura N° 2
Ejemplos de pseudoencuestas publicadas en redes sociales para manipular o distorsionar la opinión pública





Fuente: https://www.instagram.com/p/C87PozMu5nc/?img_index=1.

Hacia nuevos estándares: el Open Data electoral

Pese a ello en Venezuela la tecnología jugó un clarísimo rol positivo para la democracia. Transcurrido año y medio de las elecciones, sin que el Gobierno de Nicolás Maduro libere los resultados electorales secuestrados, la única data electoral verificada es la hecha pública por la oposición. En este contexto, **los datos abiertos**, que en otros países son sinónimo de transparencia, fueron reinterpretados como amenaza. Los portales ciudadanos que intentaban recopilar actas digitalizadas para contrastar los resultados fueron acusados de “terrorismo informático”. La tecnología, que debería fortalecer la democracia, se volvió un terreno de persecución.

El equipo de campaña que confrontaba a Maduro dio muestras de capacidad organizativa y de tecnología puesta al servicio de una clara estrategia, donde el control electoral que desafió a la dictadura era un imperativo. Un inusualmente alto número de cerca de 600 mil personas habrían actuado como testigos voluntarios del proceso, formando parte

del Plan 600k para la protección del voto.⁹ En un principio, el comando de campaña de Edmundo González Urrutia y María Corina Machado divulgó copias de las actas escaneadas a través de un enlace, horas más tarde del primer parte electoral oficial. Pero finalmente se dio acceso público a las bases de datos directamente. Los datos arrojaban un 67 a 30 % a favor de la oposición, y 4 millones de votos de diferencia.

Nunca antes en Venezuela se había visto *open data* electoral. Esa decisión desencadenó una dinámica sin precedentes en la defensa del voto. Gracias a los datos en abierto, más de una docena de instituciones independientes, académicos y medios de todo el mundo pudieron realizar auditorías paralelas. Entre otros:

- El Centro Carter
- El Panel de Expertos de Naciones Unidas
- La prestigiosa Misión de Observación Electoral (MOE) de Colombia certificó la coherencia de los datos suministrados por el comando opositor. Medios como como *The New York Times* o *The Washington Post* y varios diarios españoles llegaron a la misma conclusión.
- Associated Press realizó un análisis exhaustivo y concluyó que Edmundo González “obtuvo significativamente más votos que los reconocidos por el gobierno”.
- El diario *La Nación* de Argentina creó un mapa colaborativo para que cualquier ciudadano pudiera verificar y completar datos faltantes.

En el ámbito académico destacaron:

- El proyecto Altavista, con su conteo rápido adaptado a contextos de baja integridad electoral.
- La profesora Dorothy Kronick, de la Universidad de Berkeley, quien validó los datos comparándolos con elecciones venezolanas anteriores.

9 Conozca el Plan 600K: El comando electoral con el que María Corina Machado busca llegar a la Presidencia. <https://www.ntn24.com/noticias-politica/plan-600k-el-comando-electoral-con-el-que-maria-corina-machado-busca-llegar-a-la-presidencia-467494>.

- El investigador Leonardo Maldonado, que relacionó la luminosidad nocturna con el voto opositor.
- Y especialmente el profesor Walter Mebane Jr. (Universidad de Michigan), uno de los mayores expertos mundiales en detección forense de fraude electoral (ha analizado Turquía 2023, Kenia y Filipinas 2022, Perú 2021, Irán 2009, etc.). Mebane concluyó que no existían votos fraudulentos ni perdidos en los datos publicados por la oposición y que, al compararlos con elecciones venezolanas recientes, estos presentan muchos menos indicios forenses de manipulación que los oficiales del CNE.

Pero quizá lo más poderoso fue la explosión de auditorías ciudadanas. Gracias al *open data* surgieron decenas de iniciativas independientes: visualizaciones interactivas hechas por politólogos, graficadores de la elección, búsquedas por palabras que permiten consultar las más de 25.000 actas escaneadas por palabras clave, mapas de visualización interactiva geolocalizada, etc. Un ingeniero venezolano en Barcelona, Giuseppe Gangi, creó una web¹⁰ donde se pueden consultar resultados detallados y ver más de 350 vídeos de escrutinios que coinciden exactamente con las actas publicadas. Lo que hicieron Edmundo González y María Corina Machado marca un antes y un después a nivel mundial: cuando liberas los datos en abierto, pasan cosas extraordinarias. Miles de personas, en decenas de países, analizan, interpretan y defienden con hechos el voto popular. La tecnología, usada así, se convierte en el antídoto más potente contra el fraude y la opacidad.

Incluso en entornos autoritarios, la desinformación no opera en el vacío. Adicionalmente, en 2024 surgieron experiencias de resistencia digital articuladas por periodistas, observatorios electorales y ciudadanos comunes. Plataformas como *Cazadores de Fake News* y *EsPaja.com* documentaron decenas de bulos en tiempo real. La sociedad civil creó redes de verificación distribuida que, aunque no lograron frenar la avalancha de falsedades, sí **preservaron memoria y evidencia** de los intentos de manipulación. Ese esfuerzo colectivo fue un recordatorio de que la verdad sigue teniendo defensores.

¹⁰ Llamada Macedonia del Norte en respuesta irónica al supuesto hackeo desde ese país que alegó el gobierno.

Lecciones del caso venezolano

El caso venezolano muestra cómo la desinformación puede institucionalizarse. No se trata ya de episodios puntuales de manipulación, sino de un ecosistema regulado desde el Estado, donde la mentira se convierte en política pública. Frente a ello, la sociedad civil y el periodismo independiente han demostrado resiliencia, aunque su capacidad de incidencia sea limitada por la censura y la falta de acceso a información verificable.

La paradoja es evidente: cuanta menos libertad informativa, más necesidad de verificación y, sin embargo, menos capacidad para ejercerla. Así, la desinformación deja de ser solo una herramienta electoral y se convierte en un modo de gobernar.

El contraste con Uruguay, que abordaremos en la siguiente sección, es claro. Si Venezuela representa la manipulación institucionalizada, Uruguay encarna la otra cara de la moneda: la confianza democrática como vacuna protectora de la institucionalidad.

Uruguay 2024: el civismo como antídoto a la desinformación

En un continente donde la sospecha se ha vuelto parte del paisaje electoral, Uruguay sigue siendo la excepción. En 2024, mientras buena parte de América Latina lidiaba con campañas crispadas, narrativas conspirativas y desinformación viral, el país rioplatense volvió a ofrecer una lección de civismo democrático. Sus elecciones presidenciales transcurrieron sin sobresaltos, sin denuncias de fraude, sin bulos que alteraran el pulso nacional.

Uruguay no es inmune a la desinformación; pero su cultura política, forjada en décadas de instituciones sólidas y ciudadanía participativa, actúa como un **escudo invisible**. En un tiempo donde la desconfianza es contagiosa, el país logró mantener una rara inmunidad colectiva: la confianza en el proceso electoral.

La observación de la campaña electoral de 2024 constató un número relativamente bajo de incidentes de desinformación (solo 27 IMI's analizados durante un período de tres meses), lo que corrobora la hipótesis

de la estabilidad. Uruguay, categorizada como una “democracia plena” y la más estable de la región, representa el extremo opuesto a Venezuela. La fortaleza de sus instituciones y la profunda cultura cívica actúan como barreras naturales contra la distorsión.

Aun cuando existe una clara polarización en el país, ésta es de tipo ideológico y no “afectiva”.¹¹ El sistema prohíbe la reelección inmediata, un rasgo que refuerza la contención democrática.¹² Los actores políticos acatan las “leyes no escritas” a las que se refieren Levitski y Zibblatt, esenciales para la estabilidad: el respeto mutuo por el adversario y por las reglas del juego democrático. El presidente saliente, Luis Lacalle Pou, por ejemplo, felicitó rápidamente a su adversario, Yamandú Orsi, tras el balotaje.

Uruguay ilustra cómo las instituciones fuertes y la cultura cívica actúan como barreras naturales, limitando el alcance de la desinformación. El informe del Observatorio Complutense identifica las siguientes cinco características.¹³

1. **Bajo Volumen de Incidentes:** La principal lección es que la estabilidad democrática, la cultura cívica y la fortaleza del sistema de partidos protegieron el ciclo electoral de campañas masivas de desinformación. Solo se analizaron 27 incidentes en un periodo de tres meses.
2. **Predominio de la Distorsión y Patrones Clásicos:** Aunque el volumen fue bajo, el objetivo predominante fue distorsionar la información (el 55 % de los casos). Las narrativas se ajustaron a patrones regionales clásicos, como el desprestigio de figuras políticas e intentos de erosionar la confianza en el sistema electoral.
3. **Ataques Enfocados en la Oposición de Izquierda:** Se observó un sesgo en los ataques, ya que la mayoría de los incidentes analizados buscaban distorsionar o afectar a actores políticos de izquierda (Frente Amplio). La candidata Carolina Cosse fue el blanco principal de los ataques en 7 incidentes.

11 Iyengar, 2012.

12 Montero *et al.*, 2025.

13 OCD, 2024.

- 4. Uso de la Credibilidad de Medios Tradicionales:** la desinformación recurrió al uso de imágenes (placas) que imitan los diseños gráficos de los principales medios de comunicación uruguayos (como *El País* y *El Observador*) para intentar legitimar los bulos. Esto demuestra el prestigio y la penetración que aún tienen los medios tradicionales en el contexto uruguayo.
- 5. Respuesta Política y No Penal:** El marco normativo uruguayo actual no contempla mecanismos para que la Corte Electoral penalice los incidentes de desinformación. Sin embargo, los partidos políticos reafirmaron un “Pacto Ético contra la desinformación”, mostrando conciencia y prevención. Los verificadores, como AFP Factual, refutaron todos los incidentes observados.

Figura N° 3

Ejemplos de tapas desinformativas que imitan el diseño de los medios





Fuente: AFP Factual

La tradición cívica como infraestructura informativa

A diferencia de otras democracias latinoamericanas, Uruguay ha construido su legitimidad electoral sobre tres pilares: transparencia, previsibilidad y responsabilidad ciudadana. El sistema de partidos, aunque en transformación, conserva prácticas de competencia leal; la autoridad electoral, la Corte Electoral, goza de credibilidad transversal, y los medios de comunicación mantienen un grado de profesionalismo que modera los excesos del discurso partidista.

En este ecosistema, la comunicación política tiende al debate y no al ataque. Las campañas son intensas, pero se desarrollan dentro de límites institucionales que la ciudadanía defiende con celo. El “civismo electoral” no es un eslogan: es una práctica social interiorizada. La clave está en una **cultura política que valora más el proceso que el resultado**.

Durante la campaña de 2024, los candidatos recurrieron a redes sociales y formatos digitales, pero el tono general fue de respeto. Hubo polarización programática, sí, pero no afectiva. La crítica no se transformó en odio; la discrepancia no se leyó como traición.

La desinformación no desaparece, pero encuentra resistencia. Durante el ciclo electoral de 2024 circularon algunos contenidos falsos: supuestos escándalos personales, encuestas adulteradas en la primera vuelta, o mensajes descontextualizados sobre políticas públicas. Sin embargo, ninguno logró adquirir tracción masiva. ¿Por qué? Porque en Uruguay la **confianza actúa como cortafuegos**.

Los ciudadanos tienden a verificar antes de compartir; los medios evitan amplificar rumores, y los partidos, conscientes del costo reputacional, se abstienen de usar sistemáticamente la mentira como arma. Es un círculo virtuoso: la confianza institucional genera responsabilidad comunicativa, y ésta refuerza la confianza. Una suerte de “contrato simbólico” entre actores políticos y sociedad que mantiene el ecosistema informativo estable, incluso en un entorno digital cada vez más turbulento.

Lecciones del caso uruguayo: La serenidad democrática

Mirado en perspectiva comparada, Uruguay representa un contrapeso simbólico al deterioro informativo de la región. Demuestra que no todas las democracias están condenadas a sucumbir a la polarización digital. Su experiencia sugiere que la mejor política contra la desinformación no es la censura, sino la confianza: una confianza construida desde abajo, en la interacción cotidiana entre medios, partidos y ciudadanos.

Uruguay no es inmune al futuro. Las nuevas generaciones consumen información desde plataformas globales, y la entrada de la inteligencia artificial generativa abre dilemas inéditos. Pero, por ahora, el país conserva algo que otros han perdido: la certeza compartida de que las elecciones son un espacio de competencia, no de manipulación.

El caso uruguayo ofrece una enseñanza clara: la comunicación política puede ser un vehículo de confianza cuando se basa en la transparencia y la responsabilidad. Aquí, el discurso político no busca exacerbar emociones, sino sostener un pacto democrático.

Uruguay enseña que la democracia no se defiende solo con leyes, sino con hábitos democráticos y comunicacionales: dudar sin destruir la confianza. Y aunque su escala es pequeña, su ejemplo tiene alcance regional: demuestra que la lucha contra la desinformación no es tecnológica, sino cultural.

En la comparación con Venezuela, la diferencia no podría ser más marcada. Donde uno siembra la duda, el otro cultiva la credibilidad. Donde uno usa la comunicación como arma, el otro la entiende como vínculo, como creación de comunidad. Y en ese contraste se dibuja el deber ser de la comunicación política latinoamericana contemporánea.

El siguiente caso, **Bolivia 2025**, nos traslada a un terreno híbrido: un sistema electoral en reconstrucción, donde la desinformación acecha, pero donde la transparencia empieza a arraigar como práctica ciudadana.

Bolivia 2025: la democracia en reconstrucción frente al ruido digital

Bolivia cerró una era dominada por el personalismo y el autoritarismo de Evo Morales, y su proceso electoral de 2025 dejó al descubierto una democracia en reconstrucción. Aunque se demostró madurez institucional, también se evidenció la potencia de la desinformación electoral. El país llegaba a las elecciones de 2025 con una mezcla de esperanza y cansancio.¹⁴ Después de dos décadas de turbulencias, fracturas internas

¹⁴ Es importante entender que el oficialismo de Evo Morales Ayma y su partido MAS-IPSP —con apoyo de entes cooptados, como el Tribunal Constitucional Plurinacional (TCP) y los miembros entonces del Tribunal Supremo Electoral (TSE)— forzaron, en primer lugar, la inconstitucional cuarta repostulación (y posible tercera reelección) de Morales y, como consecuencia, un fraude electoral generalizado en las elecciones nacionales de octubre de 2019 para asegurar la “victoria”; sin embargo, la manipulación informática electoral por el oficialismo —diseñada y principalmente operada por especialistas mexicanos— fue tan burda que fue masivamente reconocida y tuvo la denuncia de los grupos de observadores internacionales y las auditorías de expertos de organismos multinacionales. El resto de la historia incluye la huida de Morales y su entorno (apoyados por los gobiernos de México y Argentina), la consigna del partido masista para sus autoridades legislativas de renunciar para forzar una crisis de poder para facilitar el regreso de Morales al Poder, así como bloqueos de sus adherentes en zonas críticas (bajo la consigna de doblegar por hambre a las ciudades) y enfrentamientos violentos con las fuerzas públicas. En medio de esto, con el oficialismo y los opositores, con la intermediación de la OEA, la Unión Europea, España y Naciones Unidas y la facilitación de la Iglesia Católica, se logró una

en el MAS, renunciadas, denuncias cruzadas, interinatos y protestas, el país parecía dispuesto a ensayar un nuevo ciclo político. Pero, como en buena parte de América Latina, el terreno de la competencia ya no se limitaba a las urnas: se libraba, sobre todo, en los dispositivos. Y en ese nuevo escenario, la desinformación se convirtió en el telón de fondo inevitable de la contienda.

Desde los primeros meses de campaña, en la primera vuelta abundaron las falsas encuestas difundidas en WhatsApp, que distorsionaban, falseaban, o mentían sin pudor inventando pronósticos, y daban por ganadores a ciertos candidatos —incluso no habilitados e imposibilitados de participar, como Morales. Pasar al balotaje era el objetivo identificado y las pseudoencuestas se cebaron en el empeño. Hubo además imágenes creadas con inteligencia artificial que mostraban a líderes opositores en reuniones inexistentes; y videos manipulados, atribuidos al expresidente Evo Morales, se viralizaban antes de ser desmentidos. La línea entre la sátira, la propaganda y la falsedad se volvió tan delgada que, por momentos, desapareció.

El Observatorio Complutense de Desinformación (OCD), en colaboración con el PNUD, la Universidad Católica Boliviana (UCB) y la Universidad Privada de Santa Cruz (UPSA), desplegó una misión en Santa Cruz para detectar y contrarrestar los desórdenes informativos. Los resultados preliminares, apoyados en datos del *fastchecking* Bolivia Verifica, trabajaron con 254 incidentes verificados. Los siguientes fueron los cinco principales patrones identificados:

1. Alta Frecuencia de Desinformación y Distorsión Intencional:

De los 254 incidentes desinformadores verificados, la distorsión fue el objetivo principal (82,3 %). Hubo un alto nivel de Contenido manipulado (42,9 %) y Contenido impostor (39,4 %).

transición constitucional transitoria encabezada por opositores; lamentablemente, el gobierno de Transición fracasó por errores políticos y de gestión propios, por la falta de apoyo de la mayoría de los sectores opositores y por hecho de corrupción y nepotismo (sumados a la crisis de la pandemia del COVID-19), y en octubre de 2020 regresó el MAS-IPSP al Poder con Morales excluido de participar. Éste es el contexto previo a 2025, acelerado por una creciente crisis económica incapaz el gobierno masista de solucionarla por ser consecuente con su modelo socioeconómico de los últimos 20 años en el Poder. [Nota del Editor]

2. **Plataformas Clave para el Origen y la Viralización:** Las principales plataformas de origen fueron TikTok (43,3 %) y Facebook (40,2 %). A pesar de ser minoritario en origen, WhatsApp fue crucial para la viralización, incluyendo la creación de canales impostores que difundían encuestas falsas, haciéndose pasar por medios oficiales.
3. **Actores Causantes Anónimos y de Élite:** La mayoría de los bulos se difundió a través de canales no atribuidos (90,6 %) o “Tercer actor” (68,1 %). Sin embargo, el proceso también involucró a actores importantes con gran incidencia en la opinión pública, incluidos candidatos (8,7 %) y medios de comunicación / periodistas (4,3 %). Un ejemplo notable fue la difusión de “mala” información por un periodista internacional que generó narrativas de fraude y desestabilización y que será comentado más adelante.
4. **Necesidad de Fortalecer el Periodismo y la Regulación:** La dependencia de los bulos en la credibilidad periodística (usando logos de principales grupos de medios como Red Uno y Unitel para crear contenido impostor) muestra la necesidad fundamental de potenciar el trabajo periodístico de calidad para contrarrestar la desinformación.
5. **Vulnerabilidad Regulatoria:** Actualmente, Bolivia tiene pendiente la elaboración de una normativa para regular la difusión de contenidos desinformadores por parte de los distintos actores, incluyendo los candidatos. La respuesta se limita a la denuncia ante los verificadores (Bolivia Verifica), que son un bastión de credibilidad pero se ven imposibilitados de verificar el volumen total de contenidos falsos.

El formato audiovisual, con vídeos, imágenes y gráficos, facilitó la propagación de la desinformación. Se utilizó inteligencia artificial para crear decenas de audios y vídeos falsos, similarmente a lo observado en Uruguay se suplantaron logos de medios confiables como Unitel, Red Uno, *El Deber* y hasta CNN, y surgieron numerosos pseudomedios con páginas web diseñadas expresamente para engañar y manipular la agenda electoral. El objetivo era claro: influir en la intención de voto, distorsionar el debate y

desestabilizar las instituciones. Las principales calumnias apuntaron a dañar la imagen de los candidatos, especialmente de los vicepresidenciables en la segunda vuelta.

Figura N° 4
Ejemplos de desinformación de pseudomedios en TikTok



FUENTE: Equipo UPSA del Observatorio Complutense. Impacto viral: Viralidad post JP 112.613 views; post Tuto FMI 147.648 views

Igualmente, y como en el caso venezolano, circuló una avalancha de encuestas inventadas o manipuladas, sin ningún rigor metodológico, sobre todo en Facebook y WhatsApp pero, también, en X y, menos, en Facebook.

Uno de los ejes discursivos centrales de la desinformación fue intentar erosionar la credibilidad del Tribunal Supremo Electoral. Sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario. Como señaló con orgullo Gustavo Ávila, vocal del organismo: «En abril de 2024 teníamos apenas un 12 % de credibilidad; hoy llegamos al 80 %».

El nuevo tablero: comunicación política y desinformación en paralelo

Bolivia vive una tensión permanente entre su resiliente vitalidad democrática y su fragilidad institucional. Las redes sociales, que en 2019 fueron herramientas de movilización ciudadana, en 2025 aparecieron como espacio de confrontación digital. El resultado fue un campo informativo saturado, donde los mensajes verdaderos y falsos se entremezclaban hasta volverse indistinguibles.

Frente a ese ruido, la autoridad electoral boliviana intentó construir un contrapeso: mayor apertura de datos, monitoreo de redes y verificación de información en tiempo real. El Tribunal Supremo Electoral (TSE) impulsó iniciativas de transparencia, con datos abiertos sobre actas, resultados preliminares y financiamiento de campaña. También se sumó a proyectos de cooperación internacional para fortalecer la integridad digital del proceso.

Adicionalmente, la institución electoral implantó una innovación muy importante: un sistema de conteo rápido oficial, el SIREPE.¹⁵ Su función es ofrecer un conteo rápido, público y verificable de los resultados electorales en Bolivia, con el objetivo de mejorar la transparencia, generar confianza ciudadana y disminuir la especulación tras la votación, aspectos todos mientras se espera el escrutinio oficial definitivo. Al publicar resultados preliminares basados en datos reales, no encuestas de boca de urna (*exit polls*) ni proyecciones, ayuda a prevenir rumores, especulaciones o manipulación informativa en las horas posteriores a la votación, cosa que había sido causa de conflictos callejeros en anteriores procesos electorales. Estos esfuerzos, aunque loables, enfrentaban un desafío estructural: la brecha digital y la desconfianza acumulada. En zonas rurales, donde el acceso a Internet es limitado, las cadenas de WhatsApp, más que los portales oficiales, siguieron siendo la principal fuente de información electoral.

15 El sistema utilizado en 2019 por el anterior TSE, dócil al gobierno de Morales, el TREP, fue desechado en 2025 porque fue el vehículo de la manipulación electoral en ese proceso. Adicionalmente, su debilidad fue la que permitió demostrar el fraude y hacerlo fracasar informáticamente. [Nota del Editor]

Sin embargo, hubo otros avances notables. Organizaciones como *Verifica Bolivia* realizaron un trabajo sistemático de desmentido y alfabetización mediática, colaborando con universidades y medios locales. Esa alianza entre sociedad civil, academia y organismos electorales mostró que la **verificación colaborativa** puede funcionar incluso en contextos de polarización.

El elemento más característico de la elección de 2025 fue **la campaña de la sospecha**. El discurso del fraude, por ejemplo, se convirtió en arma recurrente: antes de que se abrieran las urnas, ya circulaban mensajes que anticipaban manipulación en el conteo. Y, aunque el proceso transcurrió con normalidad técnica, la duda quedó instalada.

CNN en español, misinformation en inglés

Hubo la noche electoral un peligroso episodio de información errónea o “*misinformation*”, anglicismo que todavía no tiene una adecuada correspondencia en español: **Misinformation** es *información falsa o incorrecta que se difunde sin intención de engañar*. Es decir, las personas que la comparten creen que es verdadera, pero en realidad es errónea, incompleta o engañosa. Acababa de ofrecer el SIREPE el resultado electoral de manera oficial, anunciando la victoria de Rodrigo Paz, cuando se iniciaba el conteo oficial, mucho más lento.¹⁶ En ese momento, el reputado periodista y ancla de CNN en español, Fernando del Rincón, comentaba los resultados de la elección y contradecía el resultado oficial.

«Quiero dejarlo bien claro, en CNN Español no adelantamos resultados, en CNN Español respetamos el resultado preliminar del órgano electoral plurinacional. Es la única fuente oficial que nos va a dejar saber quién es el ganador y se están equivocando gravemente, se los digo, porque el reporte que ustedes están dando está en contradicción de los resultados que se están generando en este momento.

»Hay nuevos resultados y si tuviera que anunciar algo sería completamente contrario a lo que está saliendo en medios internacionales. Vamos a ver los nuevos resultados. ¿Por qué le digo esto? Porque sigue

¹⁶ Puede verse en https://youtu.be/Ke5Xsp_k6wl.

ampliando su ventaja LIBRE de Jorge Tuto Quiroga con 52,41 %, adelante del Partido Demócrata Cristiano de Rodrigo Paz con 47,59 %. Va bajando el porcentaje cada minuto en lo que es el cierre y le repito y como lo decíamos aquí, no podemos cantar un ganador, no se puede cantar un ganador aún.

»¿Por qué? Porque son 95,70 % de los votos válidos. La diferencia que hay en este momento entre LIBRE, que lleva a la delantera, Jorge Tuto Quiroga y Rodrigo Paz del PDC, matemáticamente todavía no se puede dar un ganador. Cuidado usted que está consumiendo información desde otras fuentes y en las redes sociales.

»Cuidado, aún no hay un ganador en Bolivia».

Del Rincón se confundió y leyó los resultados del conteo oficial, que apenas empezaba e iba cerca del 1 %. Del Rincón comparó erróneamente el SCORC (conteo oficial) con el SIREPRE.¹⁷ Un episodio con potencial incendiario, cuyo video comenzó a rodar viralmente de celular a celular, por WhatsApp y otras plataformas. Afortunadamente, el talante democrático de Tuto Quiroga, que aceptó con rapidez la derrota y felicitó a Rodrigo Paz, contribuyó a la tranquilidad social en un momento muy delicado, máxime ante las denuncias de fraude de algunos de sus simpatizantes, alentada por el video que circulaba por doquier.

El impacto más profundo no fue sobre el resultado, que fue aceptado por los principales contendientes, sino sobre la conversación pública. Los ciudadanos, expuestos a un torrente constante de mensajes contradictorios, podían haberse vuelto escépticos ante cualquier versión oficial. La desinformación no destruyó la elección, pero sí erosionó la legitimidad discursiva del proceso.

Independientemente del resultado, el gran protagonista de la jornada electoral en Bolivia fue la calma con la que el país votó, esperó los resultados y los aceptó. El órgano electoral había anunciado que los primeros datos llegarían a las 20:00 y los entregó con una puntualidad que superó incluso la famosa precisión británica; mejor dicho, con puntualidad boliviana. El cierre de mesas y el cómputo fueron impecables, un recordatorio

17 Más en Chequea Bolivia <https://chequeabolivia.bo/es-falso-que-periodista-de-cnn-denuncio-fraude-electoral-en-bolivia>



poderoso de que, cuando las instituciones funcionan, la política recupera dignidad. La transparencia del proceso, la vigilancia ciudadana constante y la participación activa de la sociedad en cada fase dejaron una enseñanza clara: la democracia boliviana inició con éxito su recuperación. Pese a que estas elecciones estuvieron envueltas en una ola de desinformación, la respuesta institucional y académica fue modélica.

Bolivia es una democracia en reconstrucción. Lo más alentador es que, pese a la mucha desinformación, la conversación democrática no desapareció. La ciudadanía boliviana, incluso fragmentada, conserva una fuerte vocación participativa. Esa energía, si se canaliza hacia la verificación y el diálogo, puede convertirse en el mejor antídoto contra la desinformación.

El caso de Bolivia 2025 confirma que la desinformación no es solo un problema tecnológico, sino también institucional y cultural. Donde las instituciones son débiles, la mentira encuentra terreno fértil; pero donde la ciudadanía mantiene hábitos de participación, surgen contrapesos. Bolivia muestra que la transparencia digital es condición necesaria, pero no suficiente: sin confianza, los datos abiertos no bastan.

También deja una advertencia para la región: la desinformación no se combate solo con verificación, sino con comunicación política responsable. Los actores políticos que manipulan, aun cuando ganan elecciones, debilitan la legitimidad del sistema del que dependen. Y la ciudadanía, cuando deja de distinguir entre verdad y rumor, pierde su poder de exigir rendición de cuentas.

Verdad, mentira y poder: la desinformación como espejo de la democracia

Venezuela, Uruguay y Bolivia condensan tres momentos distintos de la relación entre comunicación política y desinformación en América Latina. En Venezuela, la mentira se institucionaliza; en Uruguay, se contiene mediante la confianza; en Bolivia, se disputa a diario entre la manipulación y la transparencia.

La desinformación no es solo un fenómeno mediático: es un síntoma político. En América Latina, donde la historia reciente ha oscilado entre

autoritarismos, transiciones y democracias fatigadas, el modo en que circula la información refleja el estado de salud de cada régimen. Las elecciones de Venezuela, Uruguay y Bolivia, celebradas entre 2024 y 2025, son tres estudios de caso que, leídos juntos, dibujan un mapa de la región. En ellos, la comunicación política aparece como terreno de disputa entre la verdad y el poder. En Venezuela, el ecosistema informativo está colonizado por el Estado; en Uruguay, es custodiado por la sociedad; en Bolivia, es campo de batalla. Cada país responde de manera distinta a un mismo desafío: cómo sostener la confianza democrática en un entorno donde las mentiras circulan más rápido que los hechos.

El Observatorio Complutense de Desinformación (OCD) viene observando las elecciones subregionales desde 2023, y aprendiendo sobre la desinformación. Aun cuando cada proceso es único y distinto, las lecciones derivadas de ellos tienen implicaciones y enseñanzas hemisféricas.

Tabla N° 1
Síntesis de observaciones de desinformación del OCD (2023-2025)

PAÍS	N° IMI	PERÍODO	SOCIOS LOCALES	RATA
Argentina	113	1/6/2023 al 19/11/2023	UADE - Chequeado	0,67
Bolivia	254	19/05/25 al 23/10/2025	Bolivia Verifica-UCB – Santa Cruz - UPSA	1,61
Chile	16	1/11/2023 al 31/12/2023	Mala Espina Check - Universidad del Desarrollo	0,27
Ecuador	102	29/5/2023 al 16/10/2023	Ecuador Chequea Universidad San Francisco de Quito	0,74
España	122	19/05/2023 al 17/10/2023	Maldita- Universidad Pompeu Fabra	0,82
Venezuela	223	28/05/2024 al 28/08/2024	EsPaja. Universidad Monteávilva	2,48
Panamá	223	5/2/2024 al 5/5/2024	Verificado Contigo	2,48
México	75	3/3/2024 al 3/6/2024	UNAM - <i>Animal Político</i> e Infodemia	0,83
Rep. Dominicana	341	19/2/2024 al 19/5/2024	Junta Central Electoral, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra	3,79
Uruguay	27	22/09/2024 al 3/11/2024	AFP Factual Universidad de Montevideo	0,64

Fuente: Elaboración propia con datos contenidos en los Informes del OCD.

Los tres casos aquí analizados revelan que la desinformación no destruye democracias de inmediato, pero sí mina su arquitectura moral. Y también que la respuesta no depende solo de algoritmos o leyes, sino de una cultura política que premie la honestidad y castigue la impostura.

Bolivia, hoy a medio camino entre el autoritarismo y la consolidación democrática, se convierte así en un espejo esperanzador para la región: muestra lo que ocurre cuando la verdad se vuelve un terreno en disputa, pero también cuando la sociedad se niega a renunciar a ella. Venezuela sentó nuevas fórmulas para el control electoral y el *open data*. Esa decisión desencadenó un círculo virtuoso inusual donde la sociedad civil quedó facultada para realizar auditorías en tiempo real, y la tecnología funciona como el mejor promotor de transparencia y compromiso.

Los tres casos revelan una tipología empírica de la región en materia de comunicación política y desinformación:

1. **El modelo de control informativo (Venezuela):** La información se convierte en instrumento de ejercer el poder. El Estado monopoliza el discurso, los medios oficiales se confunden con la propaganda, y las redes digitales operan bajo vigilancia o censura. La comunicación política se subordina al aparato estatal y la desinformación se institucionaliza como estrategia. El resultado es un ecosistema cerrado donde la mentira no compete, sino que gobierna; pese ello, la sociedad democrática logra espacio y presión.
2. **El modelo de inmunidad cívica (Uruguay):** Aquí la confianza actúa como antídoto. La fortaleza institucional, la cultura del debate y el profesionalismo mediático crean una red de contención contra la manipulación. La comunicación política conserva una función pedagógica: explicar, contextualizar, construir sentido. La transparencia y la verificación colaborativa son prácticas normalizadas, no reactivas. En este modelo, la desinformación existe, pero no logra desestabilizar el sistema.
3. **El modelo de transición informativa (Bolivia):** La información es campo de disputa entre actores en reconstrucción. La desinformación circula, pero también la verificación. La transparencia avanza, aunque de manera desigual. La comunicación política

oscila entre el populismo digital y la innovación cívica. En este modelo híbrido, la democracia se sostiene sobre una conversación fragmentada pero viva.

La confianza como variable democrática

El hilo invisible que une a los tres países es la **confianza**: confianza en las instituciones, en los medios, en el voto y en el propio acto de deliberar. Allí donde la confianza se erosiona, la desinformación encuentra terreno fértil. Donde se preserva, la mentira pierde eficacia.

La confianza, sin embargo, no se decreta: **se construye**. Y en esa construcción, la comunicación política desempeña un papel decisivo. No basta con elecciones limpias o con datos abiertos si el discurso público está dominado por la sospecha. La democracia no se defiende solo con transparencia técnica, sino con coherencia discursiva: que lo que los actores dicen coincida con lo que hacen.

En Venezuela, el divorcio entre discurso y realidad es total. En Uruguay, esa coherencia sigue siendo una virtud colectiva. Y en Bolivia, es una aspiración que empieza a tomar forma a través de la sociedad civil, las universidades y los observatorios de datos.

Es cierto que el costo de producir y viralizar *deepfakes* se ha desplomado justo cuando el mundo vive el mayor superciclo electoral de la historia, lo que ha disparado las alarmas y las voces catastrofistas. Y sí, los *deepfakes* son una de las formas más tóxicas de manipulación mediática: alimentan la confusión ciudadana y envenenan el entorno informativo. Sin embargo, con frecuencia se subestima la capacidad real del electorado para detectar lo burdamente falso, contrastar fuentes y, en última instancia, discernir entre manipulación evidente y evidencia verificable.

La alfabetización mediática se ha convertido en una forma de defensa democrática. Educar para el consumo crítico de información es una necesidad de supervivencia cívica. Las experiencias de verificación ciudadana en Uruguay y Bolivia, o los observatorios electorales independientes en Venezuela, muestran que los ciudadanos pueden ser actores activos en la preservación de la verdad.

La desinformación, en última instancia, no solo distorsiona hechos; distorsiona emociones. Al polarizar, convierte la política en guerra. Y cuando el adversario se transforma en enemigo, la conversación se apaga. Recuperar la palabra compartida, esa que permite disentir sin destruir, es quizás la tarea más urgente de las democracias latinoamericanas.

Referencias

- Chadwick, A. & Vaccari, C.: *News sharing on UK social media: Misinformation, disinformation, and correction*. Loughborough: Online Civic Culture Centre, Loughborough University, 2019.
- CNNE: *Programa de Fernando del Rincón de la noche del día de la elección*. 19/10/2025. https://drive.google.com/file/d/183K1D_RBVzpzX0ThwkwVtJdKKUKzaGYj/view.
- Corporación Latinobarómetro: *Estudio Latinobarómetro 2024 - Oleada 2024*. Versión agregada: <https://www.latinobarometro.org/latinobarometro-2024>.
- Fernández, C.B.: *When Media Succumbs to Rising Authoritarianism, chapter Rebellious audiences: Information platform migration and use of WhatsApp in a tyrannized society*. Taylor & Francis, 2021.
- Iyengar, S.; Sood, G. & Lelkes, Y.: "Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization". *Public opinion quarterly*, 2012.
- Levitski, S. & Ziblatt, D.: *How democracies die*. Crown, 2019.
- Montero, S.; Rodríguez-Virgili, J. & Fernández, C.B.: "La desinformación en las campañas electorales: el caso uruguayo 2024 en el contexto hispanoamericano". *Revista de Comunicación Política*. 7 (1), 1-24, Mexico, 2025.
- Observatorio Complutense de Desinformación, *Borrador de Informe sobre elecciones presidenciales en Bolivia*. 2025.
- Observatorio Complutense de Desinformación: *Informe sobre elecciones primarias en Venezuela*. 2023.
- Observatorio Complutense de Desinformación: *Informe sobre elecciones presidenciales en Uruguay*. 2024.
- Probox. Twitterzuela 2021: *Propaganda y desinformación como política de Estado*. 2021 https://proboxve.org/wp-content/uploads/2022/10/ProBox_Twitterzuela-2021-Propaganda-y-Desinformacion-como-Politica-de-Estado.pdf.